

# De los castillos de arena a los libros

## Poesía y Bibliotecas

Cuando la revista *EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA* nos pidió un texto sobre la relación biblioteca-poesía, de inmediato nos subimos a la máquina del tiempo. Y una vez en ella, nos trasladamos algo más de tres décadas atrás, a La Habana de cuando éramos niños, a la época en que una joven llamada Wichy Guerra –que hoy vive en Cali– dirigía el departamento juvenil de la Biblioteca Nacional José Martí. En aquel entonces, allí solían suceder cosas maravillosas. Como que los sábados por la mañana un ómnibus partiera lleno de niños rumbo a una playa. Y a la orilla del mar, cerca de las olas, bibliotecarios y lectores se dieran a la tarea de construir castillos de arena.

“¿Qué tienen que ver los castillos de arena y la lectura?”, suponemos que se preguntarían, atónitos ante iniciativas de ese cariz, los ortodoxos de la bibliotecología, y quizás otros se lo cuestionen, de igual modo, ahora. Tienen mucho que ver, contestamos nosotros: tal vez más de lo que a simple vista parezca. Experiencias como la aludida constituían un acercamiento tan inusual como privilegiado, al universo de la poesía, a ese territorio al que únicamente puede accederse con una sensibilidad y una imaginación aguzadas por el entrenamiento, por la capacidad de ver no sólo la apariencia, sino la esencia de las cosas. Edificar un castillo de arena junto al mar –con fosos, puertas, ventanas, torres y almenas– es un acto poético *per se*, que exige conjugar, lo mismo que la escritura de unos versos, las habilidades del artesano y del fabulador; es crear y habitar un mundo frágil y remoto, que hacemos nuestro por obra y gracia de la imaginación.

Quizás, después de ser protagonistas de semejante vivencia, al regresar a la biblioteca y a los libros, esos niños-construtores lograron establecer un vínculo afectivo y

emocional más rico y enriquecedor con los versos de Gabriela Mistral:

*¿En dónde tejemos la ronda?  
¿La haremos a orillas del mar?  
El mar danzará con mil olas  
haciendo una trenza de azahar. (1)*

Tal vez apreciaron mejor la riqueza de asociaciones que propuso en sus versos el español Federico García Lorca,

*Me han traído una caracola  
Dentro le canta  
Un mar de mapa.  
Mi corazón  
Se llena de agua  
Con pececillos  
De sombra y plata*

*Me han traído una caracola. (2)*

O, simplemente, lograron disfrutar con mayor fruición el humorismo y el desenfado líricos de la argentina María Elena Walsh:

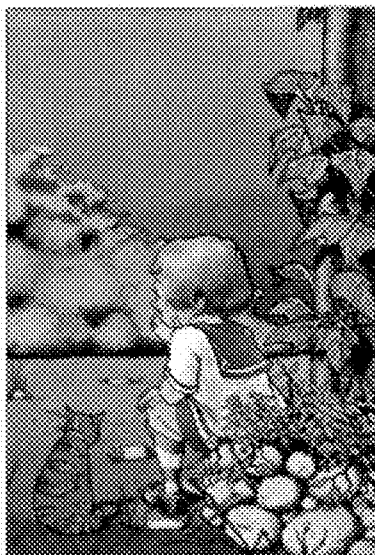
*Si el mar fuera una enorme naranjada  
Yo probaría media cucharada,  
Pero como es de avena  
Lo dejo allí en la arena,  
Porque la sopa no me gusta nada (3).*

### Mirar el mundo

La poesía –nunca está de más insistir en ello– no es patrimonio exclusivo de la literatura. La poesía es el resultado de una actitud, una manera de ver y aprehender el ser de las cosas, que se expresa a través de todos los lenguajes de la expresión artística –musical, plástico, cinematográfico...– y que encuentra en el verso uno de sus más eficaces vehículos de comunicación. Para decirlo con las palabras del director de cine ruso Andrei Tarkovski: “La poesía es un estar despiertos al mundo, un modo particular de relacionarse con la realidad” (4).

La biblioteca, entonces, debería favorecer el encuentro con la expresión poética





literaria, familiarizar a los jóvenes lectores con sus elementos compositivos y propiciar su disfrute. Pero, más allá, debería cultivar en niños y adolescentes una actitud vital que les posibilite mirar poéticamente la realidad circundante, relacionándola con experiencias personales, vividas o imaginadas, para “interiorizarlas” y enriquecer su espíritu. Educar *para* la poesía, pero también *en* la poesía. Si la poesía, como afirmaba el poeta cubano Eliseo Diego, es “el acto de atender en toda su pureza” (5), cuando la biblioteca lleva a cabo actividades que estimulan el re-descubrimiento de experiencias cotidianas, que ayudan a los lectores a apreciar en los fenómenos circundantes aristas a las que no había prestado la suficiente atención, de hecho está contribuyendo a estrechar los vínculos entre los lectores y la literatura poética. Y también, ¡por supuesto!, cuando les revela, desde una perspectiva lúdica, que metáforas, símiles y demás figuras tropológicas tuvieron su origen en el habla popular, están inscritas de forma permanente en nuestra habla coloquial (“la niña de los ojos”, “ojo de agua”, “rabo de nube”) y que no hay razón para temerles ni para considerarlas obstáculos que inhiben la apropiación del sentido del texto.

### La poesía como experiencia emocional y sensorial

El escritor británico T. S. Eliot, premio Nobel de 1948, nos legó penetrantes reflexiones sobre la naturaleza del texto poético, las cuales merecerían ser leídas con aten-

ción por todos aquellos bibliotecarios y animadores de lectura preocupados por fomentar una presencia más acentuada de la poesía dentro de los “menús” de lectura infantiles. Según Eliot, la mente del poeta es un receptáculo que capta y almacena innumerables sentimientos, frases e imágenes. Todos esos elementos permanecen en el cerebro, en forma inconsciente y germinal, hasta que se combinan y aparecen juntos en un poema. La mejor poesía, a juicio de este creador, es aquella que brota de un ritmo del inconsciente, se construye sobre él y con él se relaciona. Y subrayaba una idea fundamental: los poetas no comunican directamente emociones; más bien, crean una situación o una imagen tales, que la emoción en cuestión, cuando es aprehendida, se comunica con éxito y eficacia (6).

Eliot concebía la lectura de poesía como una experiencia emocional, comparable a admirar una pintura o escuchar una composición musical. Lo cual nos lleva a cuestionar –una vez más, y siempre– el trabajo de “acercamiento” (?) a la poesía que llevan a cabo numerosos docentes, basado en el desmontaje de los recursos estilísticos (métrica, rima, figuras literarias) y no en un sondeo de las resonancias afectivas y sensoriales que puede hacer vibrar el texto en su receptor.

Dentro de una biblioteca –escolar o pública–, los libros de versos no suelen ser muy frecuentados, a no ser que los maestros indiquen la lectura obligatoria de determinados autores o composiciones. Pero, por lo general, cuando los lectores infantiles y juveniles buscan de manera voluntaria algo para leer con ánimo recreativo, lo más frecuente es que se inclinen por un libro de cuentos o una novela, un cómic o una obra de carácter documental. Las razones de esta preferencia merecerían ser estudiadas con detenimiento; pero indudablemente, después de una etapa de la primera infancia en la que la atracción por el ritmo y la musicalidad de la poesía –en forma de trabalenguas, adivinanzas, rondas, rimas y juegos de palabras– tiene un carácter muy acentuado, el niño transita a un estadio en el cual predomina la inclinación por los textos que narran, es decir, por aquellos que son portadores de personajes, conflicto y acción –elementos a los que la poesía suele conceder menor importancia, con la excepción de la vertiente del cuento en verso–.

Ganar lectores para la poesía –y también para las obras dramáticas, otro género literario cuyas ediciones duermen en los anaqueles “el sueño de los justos”–, debería ser una prioridad en el trabajo de las bibliotecas. Sin embargo, para ello se requiere, antes que cualquier otra cosa, contar con bibliotecarios capaces de apreciar la poesía y de sensibilizarse y entusiasmarse con ella. De lo contrario, cualquier intento de aproximación de los niños y adolescentes al género lírico tendría dudosa eficacia, como toda exhortación sustentada en la postura del Capitán Araña: “¡Leer poesía es una experiencia maravillosa, hay que leer mucha y buena poesía..., pero léanla ustedes, porque a mí la poesía, me resbala!”

## ¿Qué hacer? Testimonio de dos bibliotecas de Latinoamérica

La iniciación en el disfrute de la poesía demanda la presencia de un intermediario. De un adulto –padre, maestro, bibliotecario– interesado en introducir a los más jóvenes en el goce de la palabra poética. Silvia Motta, codirectora de la Biblioteca del Ratón (7), una institución de Buenos Aires, Argentina, comparte este criterio: “En nuestra experiencia y en términos generales, la poesía no es un género al que los chicos accedan espontáneamente. Ella requiere de un mediador que la acerque a sus manos, su sensibilidad, su deseo, pero una vez ‘iniciados’ en el juego poético, los chicos lo disfrutan entablando una relación creativa y próxima que los lleva a solicitarla una y otra vez. Creemos que esa proximidad está dada por los componentes lúdicos del hecho poético, por su singularidad de resonancias interiores en el individuo y porque admite experimentaciones lingüísticas únicas que los niños saben reconocer y aprovechar”.

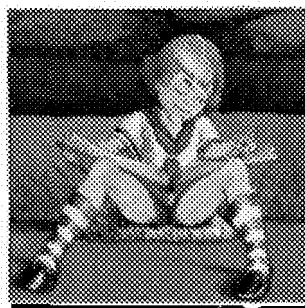
Sin embargo, la labor de ese mediador no es nada sencilla. Existen diversas circunstancias educativas y culturales que conspiran contra su éxito. Una de las principales se relaciona con la poca importancia que suelen conceder muchos docentes a la poesía como parte de su práctica pedagógica en el salón de clase. Al respecto, observa Motta que “en las escuelas los docentes no abordan, o abordan poco, los libros de poesía, porque no encuentran el camino para traba-

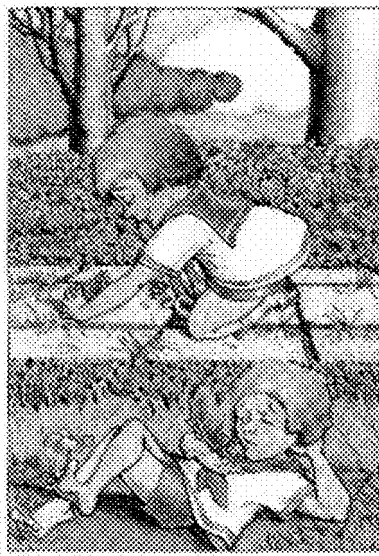
jarla”. Y, tratando de explicarse las razones de ese distanciamiento, señala: “Un cuento encierra una historia, es fácilmente abordable aunque sólo sea en un nivel de lectura lineal, pero la poesía cuando cuenta una historia ésta tiene un peso de lo poético que difícilmente es lineal y exige del lector una participación atenta y activa en la que hay que desentrañar metáforas, ritmos, espacialidades y juegos lingüísticos de todo tipo. Con estas ‘dificultades’ se tropieza el potencial mediador, sea este bibliotecario, docente o padre, de lo que resulta que el género poético es escasamente frecuentado en las aulas, las bibliotecas y, nos atreveríamos a decir, los hogares”.

El colegio Santa Francisca Romana, de Bogotá, Colombia, desarrolla desde hace años un trabajo que puede ser considerado paradigmático en el campo de la animación a la lectura. El proyecto, dirigido por la bibliotecóloga Alicia Zambrano, una especialista de reconocida trayectoria en su país, involucra a niñas de edades muy diferentes: desde alumnas de *prekinder*, de cuatro años de edad, hasta jóvenes de dieciocho (8). Zambrano coincide en lo compleja que resulta la labor del adulto llamado a actuar como intermediario entre los nuevos lectores y los libros de poesía: “Por lo general, nosotros los adultos, y hablo de nuestro medio, no crecimos en una cultura en donde la poesía estuviera presente de manera sistemática. Y paradójicamente, sin ser nosotros, maestros y bibliotecarios, grandes lectores ni conocedores de este género, queremos, sin saber muy bien el por qué, acercar a niños y jóvenes a dichos textos”.

La experiencia del trabajo y la indagación permanente en el colegio Santa Francisca Romana, permiten a Zambrano hablar de tres momentos que caracterizan la relación de las niñas y adolescentes usuarias de su biblioteca escolar con la poesía.

Cuando las niñas ingresan en el colegio, su relación con la poesía y, en general, con





la palabra escrita es pobre y, en algunos casos, inexistente. Dentro del ciclo escolar, vemos que hay claramente tres momentos que definirían el acercamiento de las niñas a la poesía.

*Primer momento*

Ocurre entre la etapa preescolar y los primeros grados de primaria. En él, las niñas se interesan y disfrutan enormemente de la poesía folclórica. Los libros de adivinanzas, trabalenguas, rimas y canciones casi nunca están disponibles en la biblioteca. Cuando trabajamos este tipo de poesía con las niñas, sentimos por parte

de ellas una gran receptividad, y esta relación que se va creando hace que los libros de poesía de tradición oral siempre se encuentren prestados. En ese momento, podemos hablar de una *relación natural*, que se da de forma espontánea, sin mayor esfuerzo por parte de nosotros.

*Segundo momento*

Lo podemos encontrar entre las niñas de cuarto y quinto grados de primaria hasta las de los primeros grados de la secundaria. Paulatinamente se va perdiendo el interés por la poesía folclórica y, de una manera muy tímida, se empieza a leer la poesía de autor. La relación con los textos poéticos ya no es masiva: son pocas las niñas que se acercan de manera voluntaria a la sección de poesía. Los cambios de la preadolescencia y la adolescencia desempeñan un papel fundamental en esta relación. La poesía amorosa empieza a cobrar vida. En los talleres, propiciamos el acercamiento a la poesía literaria, pero encontramos a las niñas poco receptivas y el préstamo de estos materiales es escaso.

*Tercer momento*

Esta etapa se da en los últimos años de escolaridad. En este momento no podemos hablar de generalidades puesto que encontramos que si existe alguna relación de las alumnas con la poesía, ésta se da de manera privada e íntima. Sabemos que a algunas estudiantes les gusta escribir poesía, pero no podemos afirmar que sean lectoras de poesía. La lectura de poesía cobra, en la mayoría de los casos, un carácter académico, y las alumnas vuelven a consultar esos textos para cumplir con sus deberes del área de

Español y Literatura. Sin embargo, notamos que libros de Benedetti, Neruda, Salinas y Hernández tienen un movimiento constante en la biblioteca.

¿Qué hacer, desde la biblioteca, para fomentar el acercamiento a los libros de poesía? Las estrategias pueden ser disímiles, pero existen dos vertientes principales. Una de ellas, hace énfasis en la acción formativa que califique a maestros, bibliotecarios y padres. (En la medida en que conozcan mejor la poesía, y sean capaces de apreciarla, serán más aptos para difundirla y estimular su lectura.) La Biblioteca del Ratón, de Buenos Aires, dedica buena parte de sus esfuerzos a esa labor: “Conscientes de que sin un mediador sensibilizado para su abordaje, difícilmente la poesía, salvo la ñoña o carente de valor poético, llegará al niño, hemos realizado seminarios, talleres y charlas –estas últimas con poetas–, dirigidos a posibles mediadores, con el fin de calificarlos, pero, sobretodo, de incentivarlos como gozadores del hecho poético”, explica Silvia Motta, codirectora de dicha institución argentina, y añade: “Interpretar y valorar los textos poéticos permite al oyente o al lector ejercer por derecho la conquista del mundo interior como un acto de libertad individual y social”.

La otra vertiente está relacionada con el desarrollo de talleres y actividades apreciativas que buscan familiarizar al niño con diferentes tipos de lenguajes poéticos, temáticas y autores. “Nuestro trabajo con la poesía está orientado a sensibilizar a las niñas hacia el lenguaje poético, hacia el juego con la palabra. También buscamos que ellas se sientan capaces de crear y producir textos”, indica la colombiana Alicia Zambrano. “Con las más pequeñas, en los talleres aprendemos rimas jugando con el cuerpo y el espacio, leemos cuentos rimados, nos divertimos con trabalenguas, adivinanzas, fórmulas de sorteo, cantamos y compartimos poesía de autores. Con los demás grupos de niñas, leemos, musicalizamos poemas cortos, creamos textos en forma oral y escrita, escuchamos grabaciones con las voces de diferentes poetas y grabamos nuestras voces leyendo nuestros poemas preferidos.”

Ambas líneas de acción (la dirigida a la formación y actualización de los adultos y la que centra su atención en los niños y ado-

lescentes) tienen similar importancia y deberían formar parte de la programación de toda buena biblioteca.

## Algunas estrategias

Para propiciar una aproximación gozosa a la lectura de textos poéticos, son muchas las estrategias que pueden llevarse a la práctica. Aun cuando estimamos que las mejores ideas para animar a leer nacen de la lectura misma de cada libro, no está de más enumerar algunas ideas que suelen ser fructíferas dentro de las bibliotecas. La edición de antologías artesanales, en las cuales los niños recojan expresiones líricas de la tradición oral de sus comunidades, como resultado de una acción investigadora, o poemas que aludan a determinadas temáticas o que se inscriban en la producción de un autor, un país, un movimiento literario o un período histórico determinados; los juegos creativos que propicien la familiarización con el len-



guaje topológico; la creación de textos a partir de estímulos visuales o sonoros; la exploración de las disímiles posibilidades sonoras y rítmicas que encierra una misma composición poética, de acuerdo con la sensibilidad y la interpretación peculiar de cada lector (“La poesía está hecha para ser escuchada. Dar una gran importancia al ritmo. Toda criatura viva posee un ritmo”, recordaba la escritora francesa Marguerite Yourcenar en una carta fechada en 1957 [9]). En nuestro libro *Escuela y poesía* (10), subrayamos la importancia de desarrollar actividades que hagan conscientes a los niños (y a los adultos que se relacionan con ellos, cabría añadir) de que los caminos de la expresión poética son múltiples y que un mismo motivo puede ser objeto de trata-

mientos líricos muy diferentes, según la sensibilidad y la intencionalidad del escritor que los aborde. Apremiar, y saborear, las peculiaridades que pueden tener varios poemas dedicados, por ejemplo, a la lluvia, es una invaluable lección de poesía. Invitamos a los lectores a desarrollar la experiencia, en este mismo instante, con los dos que reproducimos a continuación, pertenecientes a destacados autores de El Salvador y Cuba, respectivamente:

*Después de la lluvia*  
 Por las floridas barrancas  
 pasó anoche el aguacero  
 y amaneció el limonero  
 llorando estrellitas blancas.

*Andan perdidos cencerros*  
 entre frescos yerbazales,  
 y pasan las invernales  
 neblinas, borrando cerros.

Alfredo Espino (11)

*Final*  
 Pasó la lluvia.  
 Todo  
 quedó fresco y lavado.

*Todo nuevo: otras calles,*  
*otros árboles*  
*Patios*  
*que saborean el agua*  
*con un rumor de pájaros.*  
*Gente nueva: paseantes*  
*contentos, descansados.*

*Y un cielo tan distinto,*  
*tan extraño.*

Aramís Quintero (12)

Muchos bibliotecarios coinciden en lo difícil que resulta contar con ediciones de poesía de calidad en sus colecciones, lo cual no es de extrañar si se tiene en cuenta que la cantidad de obras de este género publicadas anualmente por las principales editoriales hispanoamericanas de libros para niños y jóvenes es ínfima (“la poesía no se vende”, es un argumento que se escucha mucho en el mundo editorial). Por ese motivo, conviene darse a la tarea de reunir, bien sea en forma de fichas, fotocopias o transcribiéndolas en un cuaderno, todas aquellas creaciones que consideremos pueden ser valiosas para difundir la poesía entre niños y adolescentes.

## Coda

La poesía debe tener un lugar en las bibliotecas, sí. Pero para ello es fundamental que nuestra biblioteca se inserte en los territorios de la poesía, con un trabajo que propicie la magia, la sorpresa, el estímulo a la creatividad, el respeto por la belleza en todas sus manifestaciones y el diálogo y la comunicación entre los individuos. “Nuestra religión se llama poesía”, declaró el novelista alemán Michael Ende. “La poesía es la capacidad creativa que tiene el hombre de vivirse y de reconocerse a sí mismo una y otra vez en el mundo y al mundo en sí mismo” (13).

La labor del bibliotecario puede circunscribirse a poner en manos de los niños y los adolescentes buenas obras de poesía y fomentar su lectura. Eso es importante, útil y meritorio, pero si, además, invita a sus usuarios a participar en experiencias que les permitan aprehender la poesía en la realidad que lo rodea, su labor será doblemente valiosa.

Experiencias que lo induzcan a observar, a descubrir la poesía del mundo y a construirla (sí, a levantar castillos de arena a la orilla de alguna playa), constituirán un excelente entrenamiento para gustar de los versos trazados por un autor sobre el papel. Porque cuando se mira *atentamente*, aparecen como por arte de magia maravillas insospechadas. Así lo testimonió el poeta cubano Eliseo Diego en esta composición que es una lección magistral de cómo la lectura va de la vida a los libros, de los textos poéticos a los sueños:

*Si miras bien*

*En el patio de tierra que hay al fondo  
de tu casa, el que tiene roto el muro,  
con su estanque redondo  
de quietas aguas, no muy hondo,  
y aquel banco de hierro antiguo y duro,*

*entre las hojas de las matas  
de guayabas y mangos, tan oscuras,  
¿no están ocultas todas las criaturas  
salvajes, y bandidos y piratas  
y las más increíbles aventuras?*

*No es preciso ir muy lejos  
para tener con uno el vasto mundo.  
Si miras bien, en un segundo  
acudirá al estanque, a sus reflejos,  
el abismo estrellado, el muy profundo. (14)*

## Notas

- (1) MISTRAL, Gabriela: *Ternura*. Madrid: Espasa-Calpe, colección Austral, 1979.
- (2) GARCÍA LORCA, Federico: “Caracola”. En: *Cultivo una rosa blanca*, antología de Alfonso Chase. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1988.
- (3) WALSH, María Elena: *El reino del revés*. Buenos Aires: Sudamericana, 1985.
- (4) TARKOVSKI, Andrei: “Poesía: estar despiertos al mundo”. En: *Unión*. La Habana, n° 22, enero-marzo, 1996.
- (5) DIEGO, Eliseo: *Por los extraños pueblos*. La Habana: Imp. Úcar, García, 1958.
- (6) Cf. en: WILLIAMSON, G.: *A Reader's guide to T. S. Eliot: A Poem by Poem Analysis*. New York: Farrar Straus and Cudahy, 1953.
- (7) La Biblioteca del Ratón es un proyecto privado que funciona, desde hace siete años, en una casa antigua del barrio de Caballito (Hualfin 933), en pleno Buenos Aires. A ella acuden fundamentalmente, por razones de proximidad, chicos del barrio (clase media). La biblioteca ofrece también un servicio de visitas escolares que benefició, en 1999, a alrededor de dos mil chicos de diferentes escuelas primarias (niños de seis a trece años) y de jardines de infantes (niños de dos a cinco años), donde estudian muchachos provenientes de la clase media alta hasta de los sectores más pobres. Entre los grupos escolares que visitan la institución, los hay que provienen de escuelas para niños con dificultades de aprendizaje (mentales y/o motrices) e, inclusive, niños con el síndrome de Down.
- (8) El video *La lectura: antes... durante... después*, producido por el Grupo de Bibliotecas Públicas del Ministerio de Cultura de Colombia, documenta, a manera de modelo, una sesión de animación a la lectura con niños conducida por Alicia Zambrano. De esta bibliotecóloga recomendamos los artículos “La promoción de la lectura” (incluido en *Leer para leer*, selección de textos editada, en 1995, por la División de Bibliotecas Públicas de la Biblioteca Nacional de Colombia y el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe) y “Promoción de la lectura desde la biblioteca escolar” (incluido en el volumen *Animación y promoción de la lectura*, compilado por Juan Pablo Hernández Carvajal, y publicado, en 1997, por Comfenalco-Antioquia en Medellín).
- (9) Cf. en: SAVIGNEAU, Josyane: *Marguerite Yourcenar, la invención de una vida*. Madrid: Alfaguara, 1991.
- (10) ANDRICAÍN, Sergio y Antonio ORLANDO RODRÍGUEZ: *Escuela y poesía*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio, 1997.
- (11) ESPINO, Alfredo: *Jicaras tristes*. San Salvador: Editorial Clásicos Roxsil.
- (12) QUINTERO, Aramis: *Maiz regado*. La Habana: Gente Nueva, 1983.
- (13) ENDE, Michael: “Pensamientos de un indígena centro-europeo”. En: *Carpeta de apuntes*. Madrid: Alfaguara, 1996.
- (14) DIEGO, Eliseo: *Soñar despierto*. La Habana: Gente Nueva, 1987.

---

Sergio Andricaín y Antonio Orlando Rodríguez. Cubanos, estudiosos de la literatura infantil y la promoción de la lectura. Actualmente editan desde Miami la revista electrónica *Cuatrogatos*: <http://cuatrogatos.homepage.com>

---

Las ilustraciones son de Constante “Rapi” Diego para *Soñar despierto* de Eliseo Diego. La Habana: Gente Nueva, 1987.